

ACERCA DE LA “NOVELA DE DON SANDALIO, JUGADOR DE AJEDREZ” DE UNAMUNO

En estas páginas quiero limitarme al comentario de un solo aspecto de la técnica narrativa de *La novela de don Sandalio*: su estructura. Pasaré luego a algunas conjeturas acerca de los símbolos más importantes que figuran en el texto.

La división de la narración en capítulos numerados diferencia *La novela de don Sandalio de San Manuel Bueno, mártir*. Sugiere que hasta cierto punto Unamuno concebía aquella más como una novela corta que como un relato largo. La distinción no es del todo insignificante. Si examinamos la distribución de los capítulos, en seguida nos damos cuenta de que ésta es efectivamente una novela en miniatura con su perfil característico. Hay, por ejemplo, una notable acumulación de materiales a cada extremidad de la obra, y un cambio de ritmo marcado en la parte intermedia. Un diagrama basado en la relativa longitud de los capítulos produciría una curva de Gausse casi perfecta con un punto bajo en el capítulo catorce en el centro exacto de la novela. O sea, mientras los siete capítulos primeros ocupan unas once páginas del texto (en las *Obras completas*), los siete que les siguen ocupan tan sólo seis, mientras que para los capítulos quince a veintiuno inclusive la cifra sale a quince páginas. Hay que subrayar sobre todo la existencia de una concentración muy evidente en los capítulos diez y ocho, diez y nueve y veinte, los cuales abarcan el mismo espacio en la obra que los siete capítulos que van desde el ocho al catorce. No sorprende, pues, que estos tres capítulos contengan el elemento medular de la novela : el símbolo de los espejos. El capítulo diez y nueve, donde se desarrolla el referido aspecto del simbolismo, forma el núcleo de este grupo importantísimo de capítulos, siendo a la vez uno de los más largos de la obra entera. Pero aun hay más: está situado estratégicamente entre el anuncio de la muerte de don Sandalio — momento culminante de la narración — y el interés involuntario suscitado en el narrador por el otro don Sandalio, el que vivía fuera del Casino, hasta ahora vehementemente rechazado.

Todo conspira, pues, a dirigir la atención del lector hacia el capítulo diez y nueve.

Ahora bien, mirando atrás vemos como este capítulo no es sólo el capítulo clave para la comprensión del tema de *La novela de don Sandalio*, sino también que en él termina el proceso que condiciona la estructura de la mayor parte de la obra. Este proceso tiene su punto de arranque en la implícita unidad entre el autor y el narrador. Tal unidad viene a ser tan estrecha que cuando en el capítulo quince Unamuno interviene en persona, con una observación a propósito del cine sonoro, el tono de la narración no sufre la menor alteración. Pero cuando a su vez el narrador se desdobra, creando a "su" don Sandalio, el de dentro el Casino, la situación es muy otra. Mientras el desdoblamiento «Unamuno/narrador» es una pura máscara formal sin ninguna amenaza para aquél, el desdoblamiento «narrador/su don Sandalio» le preocupa terriblemente al primero, produciéndole tensión nerviosa y hasta una aterradora pesadilla. La identificación entre los dos es en este caso altamente problemática, ya que el narrador duda constantemente de que sea recíproca. Es además incompleta, ya que sabemos de la existencia de otro don Sandalio, atestiguada por el consenso de sus conocidos y más tarde por su yerno. O sea que, detrás del primer reflejo del narrador en su propio espejo (por así decirlo) aparece otro, parcialmente escondido, que él procura (en vano) rechazar. De la unidad de la personalidad hemos llegado a su parcial disgregación. La escena de los espejos del café en el capítulo diez y nueve completa el proceso. Sobreviene la total desintegración. Sentado entre los dos espejos el narrador se encuentra preso entre dos series de imágenes de sí mismo que se van alejando hasta disolverse en la nada. Parece significar que la más íntima inspección de nuestro ser revela, no un alma de bulto, sino una sucesión infinita de espectros cada vez más nebulosos, un mero flujo, en el tiempo, de estados de consciencia. En los últimos capítulos de la novela, sin embargo, el otro don Sandalio, el de fuera del Casino, parece ganar en substancialidad. Sin expresarlo directamente (antes bien, poniendo muchas reservas) Unamuno parece sugerir que cuanto más admite el narrador la realidad del don Sandalio conocido por otros, tanto más confirma su propia realidad. La existencia del narrador en la mente de otras personas independientes de él mismo, y señaladamente en la mente de don Sandalio mientras está conversando en su casa, le ofrece una garantía de su propia substancialidad. Así, de la simbólica desintegración de la personalidad antes de la muerte volvemos hacia la posibilidad de recuperar una realidad personal objetiva. Sobre esta base se

pueden fundar esperanzas de sobrevivencia después de la muerte.

¿En qué se fundan estas esperanzas? ¿Cuánto valen? La respuesta se encuentra analizando el simbolismo de la novela. El ajedrez simboliza en primer lugar la autenticidad. Nos lo indica la distinción creada entre don Sandalio por una parte, que juega silenciosa y religiosamente, y por otra parte los mirones y los que juegan ruidosamente y sin seriedad. Jugar al ajedrez significa dedicarse a la búsqueda agónica (puesto que el juego es una lucha) de Dios y de la transcendencia. Pero también significa otra cosa: la libertad. Su símbolo opuesto es la cárcel. Notamos que Unamuno asocia la cárcel primero con la sociedad: «la sociedad humana que inventa cárceles», y segundo con la muerte. Apenas se le encarcela a don Sandalio, el narrador prevé su muerte inminente. Pero más importante aún, pasa a comparar a don Sandalio con don Quijote, es decir, con el máximo representante unamuniano de la vida auténtica. También la sociedad — el cura y el barbero — le impidieron a don Quijote seguir con su búsqueda de vida eterna y le encarcelaron en la jaula. También en el caso de don Quijote la muerte sobrevino en consecuencia. El paralelismo don Sandalio/don Quijote es fundamental, siempre que se tenga en cuenta que se trata del don Quijote unamuniano. El símbolo del ajedrez culmina en el penúltimo capítulo, donde se nos cuenta que don Sandalio permaneció fiel a «la reina del ajedrez», anteponiéndola hasta a su hija o a cualquier otra mujer. ¿Qué principio espiritual está simbolizado por la reina del ajedrez aquí? Me aventuro a proponer que, así como el rey blanco amenazado por el caballo negro en la pesadilla del narrador lleva implícita la idea de la personalidad individual amenazada por la muerte definitiva, así también la reina del ajedrez «que domina el tablero» representa la idea de la inmortalidad. La fidelidad de don Sandalio a esta idea da la nota más positiva del final de la novela.

Los dos símbolos más importantes de *La novela de don Sandalio* (los espejos contrapuestos y el ajedrez) se oponen entre sí. Sentado entre los espejos, el narrador contempla una imagen de la disolución de su personalidad que prefigura su última disolución en la muerte. Don Sandalio, heroicamente fiel a su juego — transcendental — hasta la muerte y por encima de todo afecto humano, merece el curioso comentario de que «Un don Sandalio así no puede morir... Ha querido encarcelar a la muerte. ¿Resucitará?». Así aparece asociado con la figura de Cristo. Perseverando en la lucha agónica — sugiere Unamuno por medio de don Sandalio — podemos aspirar a la inmortalidad. Los dos símbolos, los espejos y el ajedrez, se contrapesan exactamente. De igual manera advertimos una deliberada ambigüedad en los otros símbolos sobre-

salientes. Entre éstos se halla el roble herido con su cobertura de hiedra. Aquí hay que fijar la atención en las hojas, cuyo significado es determinante. El roble con sus «entrañas vacías» representa, claro está, la condición del hombre moderno, herido espiritualmente (según don Miguel) por la pérdida de la fe tradicional. Pero la savia circula todavía: el hombre conserva su anhelo instintivo de transcendencia. Las hojas verdecen todavía al sol: la esperanza sobrevive. Las hojas son la evidencia del «heroísmo» del roble y del hombre frente a la muerte. Estas hojas caen, durante nuestros períodos de frío desaliento y escepticismo. Son, entonces, las «hojas muertas», las que preocupan al narrador desde el primer párrafo de la novela y las que, después de la muerte de don Sandalio van a parar a las olas del mar. Son las esperanzas muertas. Pero también forman el abono que nutre las hojas sucesivas: la esperanza no muere del todo. Además hay la siempre verde hiedra, o sea la fe inquebrantable de las almas sencillas que rodea y apoya la fe del hombre agónico y sobrevive a ella. Roble y yedra aquí corresponden a don Manuel y a sus aldeanos en *San Manuel Bueno, mártir*. Finalmente, lo de las hojas está referido también a don Sandalio mismo, quien «juega al ajedrez como los árboles dan hoja». La asociación de las hojas verdes, es decir, la esperanza en la vida eterna, con el juego del ajedrez, parece confirmar la interpretación antes sugerida.

El roble y la hiedra, entonces, forman un doble símbolo. También el caserío arruinado está asociado con la hiedra; pero Unamuno añade todavía otro elemento: los pájaros. El simbolismo del roble herido y el del caserío en ruinas se refuerzan mutuamente, significan más o menos la misma cosa. La casa, como la fe, ofrece un refugio. Se ha desmoronado; el elemento central, el fuego del hogar, se ha apagado. Queda sólo el negro hollín, que corresponde a las hojas muertas del roble. Pero aquí también verdea la hiedra. El simbolismo de los colores es obvio. Hasta aquí el paralelismo con el roble se mantiene bastante exacto. Confirmación del significado del hogar viene al principio del capítulo diez y nueve, el más importante: es la afirmación de que los mirones carecen del sentido del «misterio» (o sea, de vida espiritual); por tanto sus hijos carecen de «hogar». De nuevo todo encaja. Veamos los pájaros. En el capítulo cinco aparecen asociados sea con el narrador, sea con don Sandalio. Como aquél, huyen del hombre y de sus obras. Cuando anidan en la hiedra que crece en torno al arruinado hogar le hacen pensar a don Sandalio. ¿Por qué? Porque son libres, y él jugando al ajedrez es libre. Ahora bien, «cuando el caserío estuvo vivo», o sea, cuando ardía el fuego de la fe, había en una jaula un jilguero prisionero. La conclusión es clara. Agonismo se

asocia con congoja, con heridas y ruinas, pero también con esperanzas y libertad. La fe tradicional está asociada con el calor, con el abrigo de la casa y con la familia, pero también con una jaula, con algo que restringe la libertad. Así, el símbolo del caserío, si bien refuerza el del roble por una parte, lo modifica por otra.

Para concluir: *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez* es quizás, desde el punto de vista de la técnica narrativa, el experimento más ambicioso de Unamuno. Es una novela aparentemente sin argumento, en la que el personaje principal aparentemente no tiene una personalidad definida. En realidad lo que pasa es que el argumento es en cierto modo «serial»: procede por sucesivos desdoblamientos hasta llegar a sugerir la disgregación de la personalidad y luego su posible recuperación. La falta de rasgos personales en don Sandalio está colmada por el complicado simbolismo del ajedrez, que en su turno se entrelaza con el densísimo tejido de los demás símbolos: el roble, el caserío, la hiedra, el hollín, las hojas, los pájaros, las olas del mar, etc. Creo que el experimento se malogra precisamente por la excesiva elaboración del simbolismo mismo. Mientras en *San Manuel Bueno, mártir* el simbolismo apoya el relato, aquí lo sustituye. A don Miguel se le fue un poco la mano. El resultado es interesante y original, pero exige demasiado del lector mediano.

DONALD LESLIE SHAW
Universidad de Edinburgh